

ponía la ley del catalán en las escuelas. No el catalán como asignatura, cosa que todos defendíamos, sino como vehículo prioritario y finalmente único de aprendizaje, lo que suponía el desalojo del español como lengua vehicular de enseñanza».

Además del linchamiento ideológico, Jiménez Losantos fue víctima de un atentado por un comando del grupo terrorista Terra Lliure. Herido en una pierna, solo recibió la visi-

ta del secretario de Josep Tarradellas y de Miquel Roca Junyent: «Nadie me llamó de los partidos que impulsaban la Crida, ni de la Generalitat, Roca fue el único nacionalista que no se portó como si, por fin, se

JIMÉNEZ LOSANTOS FUE VÍCTIMA DE UN ATENTADO POR PARTE DEL GRUPO TERRORISTA TERRA LLIURE

hubiera hecho justicia». Luego dejó la Barcelona adónde arribó en Vespa diez años antes. En la ciudad que fue mágica «podías quedar en el mismo bar con un genio de paso u otro vecino de escalera, pasar de lo más alto a lo más bajo sin descender nunca a lo poco interesante». Después de todo aquello, las jóvenes generaciones solo conocerán la mediocridad pesquera de la cultura-invernadero nacionalista. Los cuarenta años. Hasta hoy. ■



Guillamon en los capítulos que actualizan esta segunda edición de su ensayo.

Su título alude a un concurso de arquitectura de 1978: «Roma interrotta. Partiendo del plano de Batista Nolli de 1748» se planteaba una intervención arquitectónica que conectara la ciudad antigua con la moderna. Guillamon observa también Barcelona como ciudad interrumpida: «Ha dejado de ser imaginada y empezado a ser planificada por políticos y arquitectos, con la ayuda de urbanistas y sociólogos, sometidos a las presiones de los inversores». De ahí que exista una Barcelona

desaparecida por la arbitrariedad del mercado y la Ley de Arrendamientos Urbanos que solo es posible recorrer a partir de los materiales literarios. Guillamon sitúa en los Juegos Olímpicos del 92 la ruptura entre los creadores y la política. Sería la génesis de la Marca Barcelona.

Dieciocho años después, los vectores de *La ciudad interrumpida* siguen vigentes. En estos momentos, el patrimonio contractual de los años 70 ha tenido que emigrar al santanderino Archivo Lafuente por la inacción de ayuntamiento y Generalidad. El papel castrador del na-

cionalismo sobre la cultura no ha sido, precisamente, un asunto menor en los últimos cuarenta años y sorprende un tanto que Guillamon pase de puntillas sobre los desperfectos causados en la literatura catalana, aunque analice con solvencia la obra de escritores catalanes en castellano como Casavella, Zanón, Otero o Javier Pérez Andújar.

La ciudad interrumpida puede abordarse como una documentada historia cultural de las últimas décadas barcelonesas, un inventario en el modo *flâneur* de Walter Benjamin o una crónica crítica sobre la Marca Barcelona y sus banalizaciones. ■

Isherwood sin aditivos

En las cartas de «Kathleen y Christopher» afloran nuevos datos sobre la relación que el escritor inglés mantuvo con su madre

JAIME G. MORA

Entre novelas, memorias y artículos periodísticos, Christopher Isherwood escribió una treintena de libros, amén de un buen número de guiones y obras de teatro. Fue uno de los escritores ingleses más importantes de su generación. Y sin embargo dudaba de su talento. «Yo quisiera escribir novelas de verdad, pero a lo mejor soy incapaz», le escribía a su madre en 1939 desde Nueva York. Con 35 años, tras abandonar su Inglaterra natal, ya lejos de Berlín por miedo a lo nazis, había escrito *El monumento*, *El señor Norris cambia de tren* y *Adiós a Berlín*, sus tres obras más emblemáticas, todas ellas de un marcado carácter autobiográfico. «Puede que haya llegado al límite de mi talento. Podría describir a cualquiera, cualquier cosa del mundo, pero no sé construir una historia». En Isherwood, «la distinción entre invención y autobiografía es sobre todo un problema de técnica», resumió su biógrafo Brian Finney.

ISHERWOOD HIZO de sí mismo un personaje de ficción, y esa construcción comienza en su pasado. Hijo de un coronel que murió en la Primera Guerra Mundial, pronto se rebeló contra la gloriosa evocación de su padre. Era su madre, Kathleen, quien intentaba atarlo a una época que no estaba hecha para él. Su homosexualidad, su profesión, su huida de aquellos ambientes hasta instalarse en California para no regresar jamás, fue su manera de escapar de esa «telaraña». El Isherwood-personaje no se reconciliaría con sus orígenes hasta 1977, con la publicación de la biografía de sus padres, *Kathleen y Frank*, pero la correspondencia que mantuvo con su madre entre 1935 y 1939, escrita sin la impostura dramática de su literatura, sin mezclar memoria e imaginación, sugiere una relación más amistosa.



Kathleen y Christopher C. Isherwood

Trad.: J. M. S. Arjona
Alpha Decay, 2018
224 páginas
21,90 euros
★★★★

EN LAS CARTAS CONTENIDAS EN *Kathleen y Christopher*, Isherwood es cariñoso con ella: toda las semanas se sienta a informarle de sus avances literarios y de su relación con su novio. Kathleen acepta las relaciones de su hijo con hombres y le sigue la pista por Copenhague, Bruselas, Ámsterdam, París, Portugal, China y finalmente Hollywood, ya a salvo de la guerra. «Ojalá estuvieras aquí... fuera del alcance de las bombas», le escribe Isherwood. Kathleen apoyaba a su hijo como si fuera su agente literaria y lo mantiene ligado a un universo del que él nunca se desprendería. En el final de esta correspondencia, que es también un magnífico testimonio de un joven inquieto que

descubre los sinsabores de la vida, Isherwood anhela estar junto a su madre y poder hablar con ella. «Sé que te he hecho infeliz muchas veces, pero, créeme, he sido castigado por ello», admite. «Mi castigo ha sido que siempre, de un modo u otro, he hecho que las personas a las que he amado se comportaran conmigo como yo me he comportado contigo. ¡Dios mío, cuánto tiempo lleva aprender!».



Isherwood y W. H. Auden

pressreader PRINTED AND DISTRIBUTED BY PRESSREADER PressReader.com +1 606 278 8604 COPYRIGHT AND PROTECTED BY APPLICABLE LAW